

Artaud entre los tarahumara: una etnografía delirante*

Fernando Giobellina Brumana

A Martina, Vicente y Marceau

Son diversos los juegos combinatorios en los que podemos introducir a Leiris, diversas las clases en las que podemos incluirlo, los cruces, los emparejamientos a que podemos someterlo ¿Cuál podría interesarnos? ¿Explorar, por ejemplo, su pertenencia a la categoría de «suicidas frustrados», de «amantes de la tauromaquia», de «moradores de la *rive gauche* que trabajan en la *rive droite*»? El corte entre «viajes exóticos» y «escritura» me cae a las manos como una elección menos forzada y más fructífera.

Por de pronto hay viajeros a tierras exóticas, hay poetas, hay viajeros-poetas. Gide viajó al Congo y a Chad –lo hizo también a la URSS y fue de los pocos intelectuales europeos de izquierdas que mantuvo en esas épocas la dignidad frente a la seducción stalinista– y dejó testimonio de ello¹. Malraux a Camboya –a China también, más tarde, como hombre del Comintern, y por último a España como aviador en la guerra civil, pero eso es también otra historia–, y además de generar palabras (*La voie royale* y trechos de las *Antimemorias*), se alzó con piezas arqueológicas que vendió en la metrópolis².

Hubo también un poeta y hubo también un viaje con un punto de partida común al de Leiris –la repugnancia vital por Europa– pero que se orientó en la bifurcación opuesta a la seguida por éste: Antonin Artaud y su incur-

* Este artículo es fragmento de una obra mayor sobre la misión Dakar-Jibuti dirigida por Marcel Griaule y en la que tuvo participación esencial Michel Leiris.

¹ Tras muchos años de olvido, este viaje ha sido redescubierto en una encrucijada entre la historia de la etnografía y de la literatura: una tesis de doctorado de Daniel Durosay, la publicación del diario del secretario de Gide durante el viaje (Allégret, 1987), exposiciones de fotos en el Museo de Artes de África y Oceanía de París y en la Universidad de Caen. El anticolonialismo que rezuma el *Voyage au Congo* no le sirvió para que la izquierda francesa, el PCF ante todo, dejase de aislarlo como a un leproso (cf. Sartre, 1964 [1951]).

² Esta cuestión del expolio colonialista, que el robo de Malraux ejemplifica a la perfección, se le planteaba a Leiris con mucha agudeza, como se ve en varias partes de *L'Affrique Fantôme* y en la entrevista de Price-Jamin.

sión al país de los *tarahumaras*. Mientras uno –Leiris– se encaminó a los mayores logros sociales y académicos, el otro –Artaud– desembocó en los choques eléctricos e insulínicos de un hospital psiquiátrico. Mientras uno –Leiris– se construyó a base de escuchar y de ver, el otro –Artaud– se aniquiló a base de hablar y de hacerse ver. Mientras uno –Leiris– trajo de tierras extrañas cosas que dicen de todos los hombres, otro –Artaud– llevó a tierras extrañas cosas que, más y más, sólo decían de él³.

Poco más de diez años mayor que Leiris, cuando en enero de 1936 viajó a México, Artaud era un Alguien con mayúscula: varios libros que habían sacudido la sensibilidad estética y moral de la época, gloriosos éxitos y fracasos teatrales, actuaciones cinematográficas con algunos de los más prestigiosos directores del momento, Abel Gance y Carl Dreyer (¿quién que haya visto la *Juana de Arco* de este último no recuerda la cara del cura –Artaud junto a la pira en la que arde la doncella– María Falconetti?)

Figura central del surrealismo, de una dimensión tal vez sólo comparable a su Maestro y Amo, André Breton, con quien había roto a fines de los ‘20 por la adhesión de éste y de buena parte de sus seguidores al Partido Comunista Francés⁴, era ese surrealismo suyo la contrapartida de su aversión por Francia, por Occidente. El «intelectualismo utilitario y el racionalismo analítico de Europa» lo ahogaban y nada valía contra ellos que se hiciera realidad el sueño de Breton de ver a los soldados de la caballería roja atando sus cabalgaduras en las farolas de la Plaza de la Opera. La revolución bolchevique era tan materialista como el capitalismo con el que quería acabar. La revolución –«cambiar la vida»– era otra cosa y su Santo Grial no se encontraba en el Oriente soviético, sino en otro Oriente, el olvidado por el

³ Claude Roy (1965:896) veía así el parentesco entre ambos: «Si los dos hombres se mezclan, si se juntan, es como las llamas de un mismo fuego que se mezclan. No son ideas en el aire que expresan, sino una misma pasión en la sangre que los posee».

Lotringer (1993:43-45) también vincula a ambos poetas: «Como Artaud, Leiris entra a contramano, rehusando la mentira de la transposición literaria. (...) Como Artaud, Leiris comprendió a la perfección que sólo una forma perversa de autoflagelación era capaz de transformar una corrida personal en desafío público. (...) Como Leiris, Artaud se convirtió en presa de su propia lucidez. Su peor enemigo y mejor aliado era su espíritu que lo volvía particularmente inepto para modos de expresión artística tradicionales».

Leiris y Lévi-Strauss forman, por su parte, una pareja muy consistente; sus viajes simultáneos están en la fundación de la etnografía francesa. Sobre la comparación entre Tristes Tropiques y L’Afrique Fantôme, ver Peixoto, 1992.

⁴ Breton tomaría más tarde otros rumbos y, junto a Diego Rivera, firmaría con Trotzky –ya en México– un manifiesto revolucionario. La ruptura con Artaud, de extrema dureza en su momento, no le impediría años más tarde decir de él que «cada vez que con nostalgia evoco lo que fue la reivindicación surrealista expresándose en su pureza y en su intransigencia originales, es la personalidad de Antonin Artaud, magnífico y regio, la que se me impone» (cit. en Schneider, 1992:34).